

Erving Goffman: microinteracción y espacio social

*Álvaro F. López Lara
María Eugenia Reyes Ramos**

RESUMEN

El objetivo de este artículo es ofrecer una introducción a la obra de Erving Goffman. Se trata de reflexionar acerca de un trabajo compuesto con el material de la interacción cotidiana y escrita como un relato sobre minúsculas acciones, encuentros y ocasiones –como las conversaciones, las muestras de cortesía, el tacto y los buenos modales– en los que se privilegia el estudio de las reglas de la interacción cara a cara y se trata con deliberado desinterés a las macroestructuras de la vida social.

PALABRAS CLAVE: microsociología, interacción simbólica, etnometodología, espacios del yo.

ABSTRACT

The purpose of this paper is to offer an introduction Erving Goffman's work. It aims at reflecting upon the work drawn from everyday interactions, written as narrations about small actions, encounters, and occasions –such as conversations, demonstrations of kindness, thoughtfulness, and good manners– as he emphasizes the study of the rules of face-to-face interaction, an approach that, on the other hand, intentionally neglects to focus on the macrostructures of social life.

KEY WORDS: microsociology, symbolic interactionism, ethnomethodology, spaces of the self.

Goffman es un destacado representante de la sociología micro-interaccionista, sus unidades de análisis se refieren a situaciones estructuradas y agregaciones casuales, en las cuales se da la copresencia física o los encuentros cara a cara. Pero encasillar a la obra

* Profesores-investigadores en el Departamento de Relaciones Sociales, UAM-Xochimilco [laf4385@correo.xoc.uam.mx], [mereyes@correo.xoc.uam.mx].

de Goffman en alguna de las tradiciones sociológicas, puede inducir a una lectura sesgada. Si bien fue formado en el círculo del interaccionismo simbólico de la Escuela de Chicago, no puede considerársele un continuador. Influyó sobre la etnometodología, de tal forma que dos destacados etnometodólogos como Sacks y Schgloff, estudiaron con Goffman en Berkeley y no con el fundador de la etnometodología Harold Garfinkel. En opinión de Jeffrey Alexander, Goffman pertenece a la tradición de la sociología interaccionista e individualista, de hecho es el interaccionista más importante de la generación más joven que Herbert Blumer (Alexander, 1997:189). Randall Collins, por su parte, lo ubica en la tradición microinteraccionista, pero advierte que su aparato teórico estuvo influenciado por la teoría durkheimiana del ritual más que por la escuela interaccionista de Chicago (Collins, 1996:292).

El libro más popular de Goffman, *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, le ha otorgado la fama de ser el sociólogo de lo cotidiano. También se le conoce como el sociólogo de las instituciones totales, y aunque el estudio de los hospitales psiquiátricos fue un campo de investigación privilegiado, es evidente que su interés era estudiar el orden de la interacción en esos ambientes y no las enfermedades mentales. Para los lingüistas y comunicólogos es destacable su aporte al análisis conversacional (Van Dijk, 1996:21), ya que al articular un marco para analizar los flujos de comunicaciones verbales y no-verbales, estimuló el desarrollo de una "etnografía del habla". Desde el punto de vista de la nueva sociología del espacio, Goffman es un precursor que aportó al conocimiento de las reglas que rigen el orden de los lugares y develó las claves del orden público, al proponer una microecología social dedicada al análisis de los territorios espaciales y temporales (Joseph, 1998:71).

LA OBRA SOCIOLOGICA COMO AUTOBIOGRAFÍA

El término obra puede aplicarse a muy pocos trabajos de sociólogos, quienes en la mayoría de los casos se dedican a acumular libros más que a elaborar una unidad armónica penetrada de una idea general del mundo social. Es curioso que los grandes sociólogos logren establecer tal compenetración con su obra, al grado de que el rastreo de la misma puede convertirse en una reconstrucción biográfica. A

pesar de que Goffman habló muy poco de sí mismo en sus libros, es claro que sus experiencias sociales y los ambientes de formación académica marcaron las etapas de su pensamiento sociológico.

Erving Goffman nació el 11 de junio de 1922 en Mannville (Alberta), en Canadá. Sus padres, Max y Ann, fueron una pareja de mercaderes judíos que llegaron a Canadá con las oleadas de migración provenientes de Ucrania. Los Goffman se establecieron en Dauphin, al norte de Winnipeg, donde transcurre la infancia y la primera adolescencia de Erving y su hermana Frances.

La trayectoria escolar de Goffman no es la del muchacho aplicado y disciplinado. A los 14 años ingresa en la Saint John's Technical en Winnipeg, una escuela progresista fundada por un docente inglés de Oxford (Winkin, 1991:17). Goffman es el brillante mal alumno. "Además está loco por la química: hasta se ha hecho un laboratorio en casa. Y en la fiesta de baile de fin de estudios, mayo de 1939, lanza bombas fétidas de fabricación casera" (Winkin, 1991:17). La imagen que nos ofrecen sus biógrafos, es la del adolescente rebelde y marginal; judío, hijo de inmigrante y provinciano. En 1939 ingresa a la Universidad de Manitoba y define su vocación inicial: la química. Además de que la sociología no existe como especialidad en esa universidad, ni siquiera sospecha que hará carrera en ella (Winkin, 1991:18).

Desde 1942 los efectos de la Segunda Guerra Mundial determinan que Canadá, como parte del imperio británico, envíe hombres en servicio activo fuera de sus fronteras, solamente quedan exentos por una disposición gubernamental los estudiantes universitarios de la primera mitad de su clase. Goffman escapó al servicio militar, gracias a que Canadá sólo envió al frente a los estudiantes más mediocres. Así, en 1943, aparece en Ottawa desempeñándose como ayudante en el National Film Board, un centro de producción de documentales dirigido por el intelectual John Grierson. Aunque la participación de Goffman se limitó a administrar las cajas de películas, es posible que este acercamiento al mundo del cine, a la experiencia de la fabricación de la realidad, haya influido en su concepción de la vida social como escenificación.

Pero lo decisivo es su amistad con Dennis Wrong, un joven productor que se licencia en sociología en la Universidad de Toronto, a quien conoce en 1944. Gracias a sus sugerencias, Goffman se decide a cursar materias sueltas para obtener el diploma en sociología

(Winkin, 1991:20). Dos influencias indelebles en la formación de Goffman serían las enseñanzas de Charles Willian Norton Hart, un antropólogo formado por Radcliffe-Brown en Sydney, y que vivió de 1928 a 1930 en el seno de la tribu de los tiwis en la isla Bathurst, al norte de Australia. Hart es un profesor algo extravagante, que enseña con la toga puesta, de acuerdo con la tradición inglesa. Dedicó todo su curso de 1944-1945 a la lectura detallada de una sola obra: *El suicidio*, del sociólogo Émile Durkheim. Otra influencia es la de un joven antropólogo de 26 años, llamado Ray Birdwhistell, quien enseña en Toronto mientras termina su tesis de doctorado en la Universidad de Chicago. Birdwhistell, va más allá de la antropología británica y transmite a sus alumnos las discusiones de la “escuela de cultura y personalidad” de la antropología, con ideas muy originales que terminaron por seducir a Goffman. Una de ellas, es que el receptáculo de las relaciones entre cultura y personalidad es el cuerpo: los “gestos corporales” son una manifestación de la cultura y por tanto podían ser susceptibles de análisis sociológico al igual que las instituciones y los hechos sociales. Por añadidura, Birdwhistell tiene como director de tesis a Lloyd Warner, un antropólogo de la Universidad de Chicago que por esos años dirige el estudio sobre estratificación social en la pequeña comunidad urbana “Yankee City”, a la postre uno de los estudios clásicos de la sociología urbana. Los índices de estratificación social o de características de estatus y de participación evaluada de Warner, eran muy sofisticados, pero se popularizó su versión simplificada de tres clases: baja, media y alta (Warner, 1974:70).

Birdwhistell complementa los índices de estratificación, al incluir los índices corporales; propone a sus alumnos determinar la pertenencia social de los individuos a partir de la observación de las formas de caminar, el vestido, la manera de beber o fumar. Los obliga a entrenar el ojo y a producir observaciones cada vez más sutiles. Goffman queda maravillado con esa forma de sociología etnográfica (Winkin, 1991:22).

Era casi natural que al licenciarse en sociología, en 1945, Goffman optara por proseguir sus estudios en la Universidad de Chicago. La atmósfera académica de la sociología en Estados Unidos comenzaba a ser dominada por el funcionalismo de Parsons; de hecho, Harvard era parsoniana y Columbia tenía entre sus líderes académicos a otra figura: Robert K. Merton. Entre la sociología de Chicago y las de

Harvard y Columbia existía una gran diferencia, Parsons y Merton se atrevían a teorizar, mientras para los sociólogos de Chicago, la gran teoría era vana verborrea si no se acompañaba de un exhaustivo trabajo sobre el terreno. El respeto por el trabajo de campo era la nota común que hacia la década de 1940 conservaban los profesores del Departamento de Chicago, después de todo era lo que unía a un grupo de profesores separados tanto por los métodos utilizados, cuantitativos o cualitativos, como por sus preferencias teóricas. Joe Gusfield, quien fuera estudiante en Chicago a finales de la década de 1940, describe en forma amena esta separación:

Una pequeña historia inventada entonces por uno de nosotros puede informar de la idea de Chicago, limitada y cerrada en lo empírico. Decíamos que una tesis sobre el consumo de alcohol escrita por un estudiante de Harvard podría titularse: *Modos de descompresión cultural en los sistemas sociales occidentales*; la misma tesis de un estudiante de Columbia rezaría: *Funciones latentes del consumo del alcohol, según una investigación nacional*; y la de un estudiante de Chicago: *La interacción social en Jimmy's, bar de la calle 55*. Era una metodología que obligaba firmemente al estudiante a atenerse a lo que podía ver, oír y tocar directamente. La interpretación y la imaginación venían en segundo lugar. Las abstracciones y las teorizaciones no basadas en la experiencia de la observación concreta eran sospechosas. Las perspectivas, las teorías, las doctrinas y los conceptos generales podían ser necesarios para emprender la investigación, pero había que someterlos al mundo específico, particular y real de la experiencia [Winkin, 1991:38].

La obsesión por el trabajo sobre el terreno era compartida por tres luminarias de Chicago: Herbert Blumer, Everett Hughes y Lloyd Warner, en cuyas clases encontramos a Goffman. Blumer es el heredero directo de George Mead, un empirista intransigente quien se consideraba a sí mismo como conductista social (Collins, 1997:270). Mead es el primer psicólogo social en distinguir claramente entre el yo y el cuerpo. El yo surge solamente en la experiencia social, cada individuo tiene muchos "yo", –un yo generalizado, un *self* o concepto de sí mismo– construido en relaciones diferentes con distintas personas; el yo siempre se negocia con otros. Como veremos, la referencia a los múltiples "yo" fue adoptada por Erving Goffman. Las enseñanzas de Blumer probablemente le transmitieron estas ideas. Al criticar la teoría del rol social, Blumer adoptó un modelo situacional;

“La gente no encuentra sus roles listos para usarse: los crea y los recrea sin cesar al pasar de una situación a otra. Las definiciones de la situación surgen de una continua negociación de perspectivas” (Collins, 1991:277). Sin embargo, el propio Blumer declaró en 1985 “no tengo ninguna idea de la influencia que mi enseñanza pueda haber tenido en él”. De hecho, el propio Goffman reconocería como más importantes las influencias de Hughes y Warner.

La relación académica con Hughes no fue muy armónica. En el seminario “El trabajo y las ocupaciones”, dirigido por Hughes entre 1947 y 1948, Goffman falta a clases.

Cuando por fin se presenta, Hughes le pregunta qué piensa hacer. Todos los estudiantes tienen que hacer una investigación etnográfica sobre un oficio pequeño. Goffman le contesta sin vacilar que quiere estudiar a las personas que ostentan los signos de posición de la clase alta sin pertenecer a ella:

—Muy bien —responde Hughes.

—Entonces ¿a quiénes va a estudiar usted?

Goffman, seguro de lo que se trae entre manos, suelta sin vacilar:

—A los mayordomos.

—¿Y donde va a encontrar usted mayordomos en Chicago? —le pregunta Hughes.

Goffman se queda con la boca abierta: no hay mayordomos en Chicago [Winkin, 1991:34].

Con Lloyd Warner, Goffman entabla una relación más duradera, al grado de que lo elige como el director de su tesis doctoral. De 1949 a 1951, Goffman trabaja sobre el terreno en las islas Shetland, situadas al norte de Escocia. Warner, formado en la antropología inglesa, imagina un trabajo parecido al que realizaran Radcliffe-Brown en Australia y Malinowski en las islas Trobiand. Warner pide a Goffman un “estudio comunitario” para exponer la estructura social de la microsociedad de la isla. “Pero si Warner propone, Goffman dispone. Con su isla del fin del mundo” (Winkin, 1991:50).

En lugar de continuar el estudio etnográfico de las estructuras de clase y parentesco, plantea sus propios problemas. Para empezar elige puntos de observación que se relacionan con las interacciones en pequeños grupos, como las bodas, los entierros y veladas. Observa y registra minuciosamente la vida en el hotel en que se hospeda, las partidas de billar y las veladas; su interés es el estudio

de la interacción conversacional. Lo fascinante de la tesis, es que se trata de un documento en el cual se sintetiza todo el proyecto de la sociología goffmaniana. En el capítulo II, titulado “El orden social y la interacción”, define en nueve proposiciones las características y contrastes del orden social en el plano macrosociológico y las características del orden de la interacción, es decir, el orden social en el plano microsociológico.

ENFOQUE DRAMÁTICO: SITUACIONES, OCASIONES Y ENCUENTROS

De la tesis doctoral de 1953 se derivaron cuatro obras dedicadas a construir una teoría sociológica de la microinteracción: los análisis de las propiedades locativas que recogerá y desarrollará en *La presentación de la persona en la vida cotidiana* (1959), *Encuentros* (1961), *Behavior in Public Places* (1963), y los análisis sociolingüísticos que rematará en *Forms of Talk* (1981).

En estas obras hay una trama conceptual coherente y de una gran riqueza analítica para comprender el orden de la interacción. Goffman toma como punto de referencia los planos de la expresividad del individuo y encuentra dos tipos de actividad signifiante: la expresión que da y la que emana de él (Goffman, 1981:14). La primera se refiere a los símbolos verbales emitidos por el individuo para transmitir una información; ese es el sentido tradicional y limitado de la comunicación. La segunda forma de expresión que emana del individuo, se refiere a un amplio rango de acciones –incluso gestuales– que los otros pueden tratar como sintomáticas del actor. En la aproximación a estas dos formas de expresividad se trasluce la influencia del interaccionismo simbólico de Mead, ya que el sujeto que interactúa, no es un “yo” asociado a un “rol” específico, sino un “sí mismo” (*self*) cuya sociabilidad se forma al inscribirse en una pluralidad de sistemas y puntos de vista: la sociabilidad es la “aptitud para ser varias cosas simultáneamente” (Joseph, 1998:25).

De ahí que en su primer libro, *La presentación de la persona en la vida cotidiana* (1959), aborde la expresión no verbal, o los aspectos ingobernables de la conducta expresiva, a la que considera más teatral y contextual, presumiblemente involuntaria, se maneje o no en forma intencional. El modelo de interacción se basa en que al

estar dos personas en copresencia, una y otra trataran de obtener información o manejar la que ya poseen. Ello exige cierto grado de control sobre la conducta expresiva, de manera que el individuo proyecte una “definición de la situación” al presentarse ante otros y mantenga un acuerdo –o una fachada de consenso– en lo referente a la conveniencia de evitar un conflicto manifiesto de definiciones de la situación (Goffman, 1991:21). Hay un “consenso de trabajo” establecido para hacer posible una escena de interacción: las primeras impresiones son sólo la interacción inicial de una serie más amplia. El problema de Goffman puede resumirse en la siguiente pregunta: ¿cuáles son las técnicas comunes empleadas por las personas para sustentar dichas impresiones?

Dado que en la interacción cara a cara hay una influencia recíproca de un individuo sobre las acciones del otro cuando se encuentran en presencia física inmediata, es importante apuntar que dicha influencia se da por medio de una actuación (*performance*). Así, el concepto de “actuación” viene a sustituir al de “rol social”, definido por la teoría funcionalista. Conviene detenernos en este punto, ya que en él encontraremos una clave de interpretación del discurso goffmaniano: ¿cuál es la relación entre los roles sociales desempeñados por los actores y los actores mismos en su papel de interactores? (Wolf, 1994:61). Es claro que Goffman apuesta por una concepción del individuo como actor-personaje, que alude a la distinción entre quien representa y aquello que es representado, a la separación entre acción instrumental y expresiva. Asimismo, encuentra una discrepancia entre “persona” y “rol”. En la vida cotidiana los roles no están dispuestos como posiciones estructurales que los individuos asumen para cumplir sus pautas y expectativas; en la realidad opera una segregación de los roles, que no es otra cosa que una segregación de los compromisos de actuación donde cada actor posee una personalidad diferente, como participante ratificado, según los distintos grupos sociales con los que interactúa (Goffman, 1981:29).

Goffman encontró en el “enfoque dramático de la interacción” un dispositivo metodológico para analizar el flujo de la vida social, comprendiendo la conducta de individuos que mantienen un control expresivo y cuidan los detalles de sus actuaciones y las impresiones por ellas producidas. La metáfora teatral es aprovechada para presentar la acción social, como la sucesión de

piezas de una actuación. En toda acción social hay una “fachada” (*front*) que es la parte del individuo que funciona regularmente de un modo general y prefijado, a fin de definir la situación respecto de aquellos que observan dicha actuación. La fachada, entonces, es la dotación expresiva de tipo corriente empleada intencional o inconscientemente por el individuo durante su actuación. La fachada está formada por el *medio*, que se relaciona con el lugar, mobiliario, equipo, decorado, que proporcionan el escenario y la utilería para el flujo de actuación humana. Otro elemento es la *apariciencia*, estímulos que funcionan en el momento de informarnos acerca del estatus social actuante y, por último, los *modales*, aquellos estímulos que funcionan en el momento de advertirnos acerca del rol de interacción que el actuante esperará desempeñar en la situación que se avecina (Goffman, 1981:36). La coherencia entre *medio*, modales y apariencia conforma un tipo ideal de interacción. Pero la coherencia expresiva siempre está sometida a la discrepancia fundamental entre nuestros “sí mismos” demasiado humanos y nuestros “sí mismos” socializados. Como seres humanos somos, presumiblemente, criaturas de impulsos variables, con humores y energías que cambian de un momento a otro. En cuanto que caracteres para ser presentados en público, sin embargo, no debemos estar sometidos a altibajos [...] contamos con una cierta *burocratización del espíritu* que infunda la confianza de que ofrecemos una actuación perfectamente homogénea en cada momento (Goffman, 1981:67).

Además, las actuaciones no son exclusivamente de individuos, habitualmente hay conjuntos de individuos que cooperan para representar una rutina determinada, esto es lo que constituye un “equipo de actuación”. La cooperación dramática del equipo de actuación está dirigida a montar una representación para un auditorio presente o no. Los miembros del equipo tienen una importante relación mutua: *a)* porque cualquiera de ellos tiene el poder de traicionar o desbaratar la representación mediante un comportamiento inadecuado; *b)* la definición de la situación es ante un auditorio y difícilmente podrán preservar esa impresión entre sí.

Podemos proporcionar un ejemplo, a partir de la reunión en comisiones en un parlamento, donde el desacuerdo público entre un líder político y sus seguidores los incapacitaría para la acción unida y perturbaría la realidad propuesta por el equipo. En todo caso, ambas entidades dependen de la cooperación para mantener una definición

particular de la situación. Tal es el sentido de las reglas de etiqueta en las cortes de justicia o el protocolo de las relaciones políticas. En íntima conexión con lo anterior, se halla el aspecto espacio-temporal de las actuaciones. Goffman acuñó un concepto de "región", "como todo lugar limitado, hasta cierto punto, por barreras antepuestas a la percepción. Las regiones varían, naturalmente, según el grado de limitación y de acuerdo con los medios de comunicación en los cuales aparecen dichas barreras" (1981:117). Un auditorio o una sala de sesiones, en la que se pronuncia un discurso político con un solo foco de atención visual, puede ser considerado una región, las cuales se dividen en dos tipos: una "región anterior", donde tiene lugar la actuación de acuerdo con normas de decoro y cortesía, y una "región posterior" o trasfondo escénico, en la que hacen su aparición los elementos suprimidos; es aquí donde las actuaciones a presentarse pueden ser cuidadosamente elaboradas, es la actividad entre bastidores; por ejemplo, cuando un grupo de asesores transmite tarjetas a un funcionario burocrático que comparece frente a una asamblea parlamentaria. Hay un lenguaje informal de trasfondo escénico y otro de tipo expresivo para las ocasiones en que se está representando la actuación.

EL RITUAL DE LA INTERACCIÓN

Erving Goffman dio un paso decisivo al despojar al concepto de ritual del halo místico en el que se hallaba atrapado. Desde su perspectiva, más que de un suceso extraordinario, el ritual es parte constitutiva de la vida diaria del ser humano: la urdimbre de la vida cotidiana está conformada por ritualizaciones que ordenan nuestros actos y gestos corporales, los "rituales aparecen como cultura encarnada", cuya expresión es el dominio del gesto, de la manifestación de las emociones y la capacidad para presentar actuaciones convincentes ante otros.

Las personas muestran sus posiciones en la escala del prestigio y el poder mediante una máscara expresiva, una "cara social" que le ha sido prestada y atribuida por la sociedad y le será retirada si no se conduce del modo que resulte digno de ella; las personas interesadas en mantener la cara deben cuidar que se conserve un cierto orden expresivo. La valía social, el honor y otros atributos

se hacen ostensibles solamente en los encuentros ritualizados. Al respecto, Goffman apunta:

Empleo el término ritual porque me refiero a actos por medio de cuya componente simbólica el actor muestra cuán digno de respeto o cuán dignos son los otros de ese respeto [...] La cara de uno, entonces, es una cosa sagrada, y por lo tanto el orden expresivo necesario para sostenerla es de orden ritual [1967:25].

Goffman relacionó la conducta ritual interpersonal con las fases del proceso correctivo de los encuentros cara a cara –el desafío, ofrecimiento, aceptación y agradecimiento– en las que, según su perspectiva, se expresan las reglas de etiqueta social y los atributos de las personas como el orgullo, el honor, la dignidad y en general la posición social. Del concepto de ritual propuesto por Goffman se derivaron dos ideas fértiles: la primera consiste en relacionar a los rituales con el proceso de comunicación, pues éstos se ubican en la categoría de actos humanos expresivos, en oposición a los instrumentales. Además de ser un código de conducta, es un complejo de símbolos, pues un ritual transmite información significativa para otros. La segunda idea consiste en relacionar a los rituales con los movimientos del cuerpo, la ritualización actúa sobre el cuerpo produciendo la obligatoriedad y asimilación de posturas corporales específicas en cada cultura. Pero también, y esto es de un enorme alcance político, pues como lo sugeriría posteriormente Michel Foucault con la categoría de biopoder, los rituales del poder trabajan para forjar una política específica de la tecnología del cuerpo.

Algunas definiciones de ritual subrayan que este aspecto es el más determinante:

El ritual es el uso simbólico de movimientos y gestos corporales en una situación social para expresar y articular un significado (Bocock, 1974); [un ritual es] un lenguaje gestual no discursivo, institucionalizado para ocasiones regulares con el objeto de plantear sentimientos y místicas que un grupo valora y necesita. [Para Ronald Grimes] “un ritual es una forma de acción simbólica compuesta principalmente de gestos –la puesta en acción de ritmos evocadores que constituyen actos simbólicos dinámicos– y posturas –un silenciamiento simbólico de acción–; el gesto ritual es formativo; está inseparable e integralmente

relacionado con la acción cotidiana y puede oscilar entre lo azaroso y lo formal [Mc Laren, 1995:58-59].

Influido por Goffman, para quien toda interacción es un ritual, Randall Collins acuñó el concepto de “cadenas rituales de interacción” (1981:984-1014). Incluso llevó más lejos este postulado sociológico al señalar que las microinteracciones, en conjunto, constituyen la vasta estructura de clases en la sociedad moderna. “El saludo y otras formas de cortesía unen a las personas o las colocan en ámbitos separados como individuos de distintos estatus”. Dar y recibir órdenes es un ritual goffmaniano que define a las clases que ordenan y a las que obedecen, con sus respectivas perspectivas simbólicas.

Toda la sociedad se puede ver como una larga cadena de rituales de interacción, donde las personas van de un encuentro a otro. No es necesario que la estructura en sí sea rígida. Cualquier combinación de personas se puede reunir en un encuentro frente a frente. Sin embargo, en él tendrán que “negociar” algún tipo de relación en una conversación ritual. La forma en que lo hagan dependerá del capital social de cada uno, es decir, de las ideas cargadas de simbolismo que lleven al encuentro. Hay varios resultados posibles, según el grado en que el capital cultural de una persona se acople al capital cultural de la otra [Collins, 1996:249].

En ese sentido, resulta bastante original la forma en que Collins relaciona la dimensión de la estratificación de clase, las cadenas de mando en una organización y los rituales. Siguiendo a Dahrendorf, para quien la dimensión principal de la estratificación es el poder organizado y las jerarquías que establecen quiénes dan las órdenes y quiénes las reciben, Randall Collins, observó que:

[...] los que dan las órdenes están a cargo de los *rituales de la organización*. Ellos constituyen la clase oficial, la que mantiene en alto los ideales de la organización y cree en sus formalidades. Son los que actúan en la región anterior, frente al escenario. En el extremo opuesto, las personas que sólo reciben órdenes –trabajadores y personas ordinarias– están alienadas de los ideales oficiales en nombre de los cuales se les dan órdenes. Al carecer de la “propiedad ritual”, ellos se retiran del mundo del trasfondo escénico y se identifican con sus grupos informales, detrás del escenario [Collins, 1996:235].

Collins es optimista al suponer que, partiendo del microanálisis de la interacción cara a cara en todo tipo de situaciones, podemos hacer una teoría de la macroestructura del Estado, de las organizaciones y de las clases, que han sido los baluartes de la tradición del conflicto. La pretensión de reconstruir a partir de esos microrrituales aspectos del conjunto del orden social y político, resulta ser una de las tareas más prometedoras de esta vertiente sociológica influida por la obra de Goffman (Collins, 1996:249 y Mc Laren, 1995:49).

La postura de Goffman acerca del problema de la integración micro-macro en la teoría sociológica, fue clara al sostener que el estudio de la observación y el método del microanálisis deben ser tratados con teorías específicas y no como una vía de acceso a la comprensión general del orden social.

IDENTIDAD PERSONAL Y EL “YO DETERIORADO”

Dos obras que no derivaron directamente de la tesis doctoral son *Internados* (1961) y *Estigma* (1963). En la primera Goffman se lanza a la búsqueda de la identidad personal del enfermo mental y culmina en un estudio innovador sobre las instituciones totales. La dificultad de los enfermos mentales está en su relación con el otro, no con ellos mismos, así reivindica un punto de vista polémico sobre el método médico y la hospitalización psiquiátrica, al considerar que los enfermos mentales son en realidad interactuantes deficientes. Lo que la psiquiatría considera como lo anormal, la conducta desviante, fue el material utilizado en los relatos de Goffman a manera de espejo del mundo normal. En las transgresiones que efectúan los enfermos mentales, podemos ver qué es lo que normalmente esperamos unos de otros.

La investigación sobre el hospital psiquiátrico de Santa Isabel de Washington, fue encargada por el Instituto Nacional de Sanidad Mental, con el objetivo de aumentar la comprensión de la relación entre la vida social y la salud mental. Goffman entró en 1955 al enorme hospital de Santa Isabel de más de siete mil camas. Entre 1955 y 1956 se plantea el estudio detallado de la manera como el enfermo mental vivía subjetivamente sus relaciones con el medio hospitalario. Se vistió como un paciente, pero conservando cierta

ambigüedad en la apariencia, hará que lo encierren de noche en el hospital para vivir plenamente lo que llamará la institución total.

En esta investigación, Goffman llegó a formular una teoría de las *instituciones totales*,¹ a las que define como un lugar de residencia y trabajo, donde un gran número de individuos en igual situación, aislados de la sociedad por un periodo considerable, comparten en su encierro una rutina diaria, administrada formalmente. Al respecto, apunta:

El hecho clave de las instituciones totales consiste en el manejo de muchas necesidades humanas mediante la organización burocrática de conglomerados humanos, indivisibles –sea o no un medio necesario o efectivo de organización social– en las circunstancias dadas [...] En las instituciones totales hay una escisión básica entre un gran grupo manejado que adecuadamente se llama de internos, y un pequeño grupo personal supervisor. Los internos viven dentro de la institución y tienen limitados contactos con el mundo, más allá de sus cuatro paredes; el personal cumple generalmente una jornada de ocho horas y está socialmente integrado con el mundo exterior [Goffman, 1970:21].

En las instituciones totales el interno es despojado de una “cultura de presentación”, se opera una ruptura con el pasado para levantar una barrera entre el interno y el exterior que marca la primera mutilación del *yo*. En los procedimientos de admisión a las instituciones totales el interno es clasificado, moldeado y tratado como un objeto que se introduce en la maquinaria administrativa. El *yo* del interno es despersonalizado hasta en los registros de posesión

¹ Las instituciones totales de la sociedad admiten una clasificación en cinco grupos. Las primeras son aquellas que se diseñaron para cuidar de las personas que parecen ser a la vez inofensivas e incapaces: son los hogares para ciegos, ancianos, huérfanos e indigentes. El segundo grupo está formado por aquellas instituciones encargadas de cuidar a las personas desvalidas que además constituyen una amenaza involuntaria para la comunidad: son los hospitales de enfermos infecciosos y los hospitales psiquiátricos. Un tercer tipo son las instituciones erigidas para proteger a la comunidad contra quienes constituyen intencionalmente un peligro, como las cárceles, los campos de trabajo y de concentración. El cuarto tipo corresponde a aquellas instituciones destinadas al mejor cumplimiento de una tarea de carácter laboral, tales como cuarteles, escuelas de internos y fábricas. Y el quinto tipo se relaciona con aquellas concebidas como refugios del mundo, que con frecuencia sirven para la formación de religiosos: son las abadías/monasterios, conventos y otros claustros (Goffman, 1970:19).

de objetos y otras prácticas comunes en los hospitales psiquiátricos; la falta de gavetas individuales, así como las confiscaciones periódicas de objetos personales (Goffman, 1970:31).

No obstante, la separación entre el interno y el personal de las instituciones se atenúa mediante la práctica de “ceremonias institucionales” que se manifiestan a través de medios como la publicación de un boletín, las reuniones de grupos, funciones de teatro y eventos deportivos. “Estas prácticas ceremoniales se prestan a un análisis en el sentido de Durkheim: una sociedad peligrosamente dividida en internos y personal puede a través de estas ceremonias mantenerse unida” (Goffman, 1970:117).

Anthony Giddens considera que en *Internados*, Goffman se aproximó de manera innovadora al estudio de los encuentros sociales fracasados. Con las enfermedades mentales se revela la importancia que para los encuentros tiene el gobierno reflexivo del cuerpo –o sea el autoregistro reflexivo del gesto, movimiento corporal y postura– y la coordinación mutua de interacción por el tacto y el respeto de las necesidades y demandas del otro (Giddens, 1984:112). Los enfermos mentales no se atienen al gobierno del cuerpo en extremo riguroso –y continuo– que se exige de “individuos normales”, no respetan los secretos de las fórmulas que rigen la constitución, el mantenimiento, la interrupción o la suspensión de encuentros, y fracasan en respetar las variadas formas de tacto en que se sustenta la confianza” (Giddens, 1984:112).

En ese tenor, cabe destacar la singularidad del análisis de Goffman sobre el “paciente mental”, al situar su sentido sociológico y al emprender la crítica de la concepción psiquiátrica. En términos sociológicos, se puede hablar de una *carrera*, de una trayectoria social del paciente mental, que transcurre por tres etapas que significan su transición de persona a paciente: la etapa previa a su internación, el periodo de permanencia en el hospital, y la etapa de ex paciente, en la que busca retomar su posición en la vida social (Goffman, 1970:136).

El estudio de la etapa de estadía del paciente mental en el hospital fue la clave para acercarse a la vida íntima de las instituciones totales. En dicho análisis, Goffman escudriña las formas de interacción paciente-personal, las formas de adaptación, las estrategias de simulación e incluso la cuestión del ambiente material. Recurriendo a una especie de microecología de los lugares, descifra la lógica

de la delimitación de espacios en la vida social de los hospitales psiquiátricos. Descubre la forma de un “espacio vedado”, un espacio situado fuera de los límites o más allá del alcance de los pacientes y reservado para agentes autorizados –como las oficinas administrativas, varios pabellones y los consultorios médicos; en segundo término, aparece un “espacio de vigilancia”, área donde podía estar un paciente sin ninguna excusa especial, aunque sometida a la autoridad y las restricciones usuales del establecimiento (Goffman, 1970:227). Un tercer espacio se forma en las áreas de actividad visible no sujetas a la vigilancia y a los que llama “lugares libres”, que representan la cara oculta de las relaciones corrientes entre el personal y los internos. Según Goffman, los lugares libres solían servir de escenarios para actividades específicamente vedadas para los internos y el personal.

Junto a estas formas del espacio de la vida social del hospital psiquiátrico, aparecen otras expresiones de la territorialidad, como aquellas que caracteriza como territorios del grupo. Los “territorios del grupo” expresan ciertas extensiones de los derechos relativos al uso de un espacio particular, legítimamente concedido a ciertos pacientes. Por último, consideró las diversas formas de reivindicación de un “espacio privado”, en el que los pacientes logran tener comodidades, dominio y tácitos derechos, y que no puede compartir otro paciente a menos que sea invitado.

ESPACIO PERSONAL Y FORMAS DE TERRITORIALIDAD

Los estudios de Goffman se habían centrado principalmente en observar la conducta en establecimientos cerrados, como los reunidos en su material sobre las islas Shetland o los que derivó del estudio de las instituciones totales. Pero hay dos libros: *Relaciones en público* y *Ritual de la interacción*, en los cuales se interesa por las unidades de interacción en el orden público y en espacios abiertos; analiza los códigos de circulación peatonal, las filas en los supermercados y otras formas de interacción no focalizada. Mientras un conjunto de sociólogos estudiaron al orden público haciendo hincapié en su alteración, lo cual se constata en la literatura sobre disturbios y otros comportamientos colectivos, para Goffman lo importante es observar el comportamiento normal, analizar las reglas que

normalmente se cumplen. Dentro de los anónimos escenarios de la vida cotidiana moderna, hay algo que sustenta todos los encuentros: la desatención cortés. Dos personas se aproximan y pasan una al lado de otra en la acera de una ciudad; aparentemente es un hecho trivial, pero algo está sucediendo, no hay indiferencia, es una demostración cuidadosamente dirigida.

En la obra *Relaciones en público*, Goffman emprende un estudio de la vida pública atento a las microinteracciones “focalizadas” y a las “no focalizadas”, partiendo del reconocimiento de que ambas están sometidas a normas de tipo restrictivo y permisivo. Las interacciones cara a cara comprenden desde el anonimato de los actores –como el que se da en un juego de miradas al interior de un elevador–, hasta las interacciones con un foco de atención definido –como en la situación de un hablante calificado frente a un público. Por ello, resulta de importancia establecer claramente la distinción entre interacciones focalizadas y no focalizadas.²

Respecto de ambos tipos de interacciones, la pregunta clave es: ¿cuáles son las bases normativas del orden público? Las personas mantienen relaciones reguladas unas con otras por medio de rutinas y prácticas sociales, es decir, una especie de adaptaciones estructuradas a las normas. Así, el orden público es ese conjunto de “normas y las ordenaciones conexas de comportamiento relativas a la vida pública: a las personas que coexisten y a los lugares y las ocasiones sociales en que se produce este contacto” (Goffman, 1979:19). La concepción del orden público en Goffman no es la del orden institucional; el orden público no es sólo un aspecto de las normas de seguridad y la vigilancia policiaca ya que, a diferencia de lo que ocurre en las instituciones totales, la accesibilidad a los lugares públicos es teóricamente abierta a cualquiera y existen pocas restricciones de uso.

La esencia del orden público lo constituyen las normas que rigen el espacio de circulación, la accesibilidad a los lugares y las estrategias de reivindicación territorial en los encuentros sociales. La forma más común, pero también más estratégica, está dada por las

² De acuerdo con Goffman “[...] las interacciones no focalizadas son esas formas de comunicación interpersonal que resultan de la simple copresencia [...] La interacción focalizada supone que se acepta, efectivamente, mantener juntos y por un momento un solo foco de atención visual y cognitiva” (Joseph, 1998:73).

interacciones no focalizadas, donde las personas tratan de anticipar los movimientos de otras personas a partir de un intercambio de información eminentemente gestual y secundariamente mediado por el lenguaje. Es el caso de los transeúntes o los usuarios de un transporte público que se orientan cotidianamente a partir de señales que extraen de su medio, para dar lugar a un gigantesco juego de coordinación que hace posible la movilidad urbana en la vida cotidiana.

Según Goffman, en el orden público hay dos aspectos esenciales de la individualidad; el primero se refiere a la consideración de los individuos como unidades vehiculares, y el segundo a la definición de las unidades de participación, que reivindican el derecho a formar parte del juego de interacción, del cual quedan excluidos los intrusos y los inoportunos. Así, en los lugares públicos –calles, parques, restaurantes, teatros, salones de baile o ventanillas– los individuos actúan como unidades vehiculares en movimiento, cuya característica distintiva es que externalizan símbolos, recurriendo a la utilización de los gestos corporales generales para definir e intercambiar pruebas normativas sobre lo correcto y lo incorrecto, lo conveniente y lo tolerable en la vida social (Joseph, 1999:72).

Atendiendo al comportamiento en las calles de una ciudad, el individuo se define como una “unidad vehicular”, “un caparazón de algún tipo controlado –por lo general desde dentro– por un piloto o un navegante humano”. El propio peatón se puede considerar como un “piloto revestido de un caparazón blando” (Goffman, 1979:26). Dichas unidades operan de acuerdo con un código de circulación, es decir, un conjunto de normas cuyo mantenimiento permite a las unidades vehiculares utilizar de modo independiente una serie de avenidas con objeto de desplazarse de un punto a otro. Al respecto, Goffman señala:

Las calles de las ciudades, incluso en tiempos en que tan mal se habla de ellas, brindan un contexto en el cual series de desconocidos se dan constantemente pruebas de confianza mutua. Se logra una coordinación voluntaria de la acción en la que ambas partes tienen una idea de cómo deben manejarse las cosas entre ellas, las dos ideas coinciden, cada una de las partes cree que existe ese acuerdo y cada una de ellas aprecia que ese reconocimiento del acuerdo es algo que también posee la otra [Goffman, 1979:36].

La circulación peatonal por las calles corresponde a una forma de gestión de la copresencia, en el sentido de que los individuos se mueven en los espacios públicos solos o en compañía. Sin embargo, los contextos sociales y las reuniones no se organizan en función de los individuos, sino en función de las unidades de participación. El término “unidades de participación” se refiere a los elementos que definen las reglas de exclusión e inclusión de ciertas personas en lugares públicos. Al respecto, el autor señala:

En algunos sitios no se permiten personas no acompañadas, pero se da la bienvenida a esas mismas personas cuando van acompañadas; y en otros sitios se impone la norma opuesta. En algunos bailes se da la bienvenida a quienes están en compañía del mismo sexo. Hay bares en los que se excluye a las mujeres solas y a los grupos exclusivamente de mujeres, pero se da la acogida a las mujeres que llegan con hombres [Goffman, 1979:40].

Pero más allá de convenciones que posibilitan el orden social, existe un concepto clave relacionado con la organización social, se trata nada menos que del concepto de reivindicación. El derecho de poseer, controlar, utilizar, transferir un bien. De entre sus diversas formas, el autor destaca la reivindicación que se ejerce sobre el “territorio”. A partir de una terminología tomada de la etología, Goffman explora las diversas formas de organización de los territorios del yo. Profundiza en lo que Edward Hall había llamado la “burbuja personal”. Distingue entre los “territorios fijos”, definidos geográficamente y ajenos a un reivindicante –noción cercana al concepto de “propiedad”–, y lo que llamó la “territorialidad situacional”, en la que se trata de bienes que son reivindicados mientras se usan, son espacios de ocupación pasajera.

Goffman extiende la categoría de territorialidad a las reivindicaciones que funcionan como territorios pero no son espaciales, las cuales refieren a formas de territorialidad situacional y egocéntrica. Hay por lo menos ocho territorios del yo.

1. *El espacio personal*. Funciona como un contorno, como una reserva, que varía en función del contexto –su extensión cambia constantemente–, el poder y el rango de una persona. Sus límites se hacen evidentes cuando el individuo se siente víctima de una

- intrusión. En diversas situaciones, como una reunión o el micro contexto de la proximidad en un elevador, los individuos se enfrentan a asignar equitativamente el espacio y mantener una posición defendible.
2. *El recinto*. Un espacio definido que los individuos pueden reivindicar temporalmente. Aunque los recintos se hallan en un contexto fijo.
 3. *Espacio de uso*. Territorio inmediatamente a una persona, se refiere a necesidades instrumentales.
 4. *El turno*. Cualquier norma de decisión conforme a la cual se ordena a los participantes por categorías.
 5. *El envoltorio*. Al que Goffman considera como el tipo más puro de territorialidad egocéntrica, puesto que se refiere al cuerpo; formas de proximidad corporal.
 6. *Territorio de posesión*. Todo conjunto de objetos que se pueda identificar con el yo y organizar en torno al cuerpo dondequiera que se halle éste; "objetos personales".
 7. *Reserva de información*. La serie de datos acerca de uno mismo y cuyo acceso una persona espera controlar mientras se halla en presencia de otras. En la sociedad de Estados Unidos se considera una invasión a la intimidad la pregunta ¿cuánto gana?
 8. *Reserva de conversación*. Círculo de protección contra la entrada y la escucha de otros.

Todas estas formas de reivindicación territorial se asocian a las posiciones de rango y estatus de un individuo. A mayor estatus, mayor será el tamaño de los territorios del yo y mayor será el control de sus fronteras. En todo caso, la visibilidad de esas fronteras se expresa en señales de límites, de oído y las egocéntricas.

La contrapartida de las reglas de orden y la reivindicación territorial está relacionada con las "infracciones territoriales", que remiten a la diada infractor-víctima. Hay una gama de infracciones territoriales producidas por invasión física del espacio de otra persona, tocando lo que uno no tiene derecho a tocar, el ojeo, la mirada, la penetración visual, haciendo más ruido de lo que se considera oportuno en un momento, haciendo observaciones inoportunas, un subordinado que habla cuando no debe. Otras formas de intrusión son los olores corporales y el calor producido

por el cuerpo, así como las secreciones, son formas de señales dejadas por el cuerpo que reivindican una territorialidad.

LA JAULA DE LA INTERACCIÓN

Como hemos visto, Goffman desempeñó en toda su vida el papel de observador de las ocasiones diarias y degustó la visión irónica sobre los hombres sometidos a sus papeles sociales. Nunca tomó en serio las reglas de etiqueta, era un iconoclasta en el amplio sentido y practicó ese modo goffmaniano de vivir, hasta sus últimos días. En la cumbre de su fama, fue nombrado presidente de la American Sociological Association para 1982. Es una tradición que cada presidente debe preparar un discurso ante sus colegas reunidos en asamblea anual. Ningún presidente se ha librado de esta norma, excepto Goffman, relata Randall Collins:

Todos nos preguntábamos cómo iba a ser su discurso presidencial; dada su reputación de iconoclasta parecía impropio de él un discurso tradicional y directo [...] recibimos un mensaje más dramático: el discurso presidencial se cancelaba porque Goffman se moría. Fue una manera típicamente goffmaniana de salir del paso [1986b:112].

Por fortuna, las pruebas del discurso fueron recuperadas y editadas posteriormente; ese último escrito puso en claro la coherencia de su obra, la trayectoria circular de su pensamiento. El primer producto de su tesis doctoral, de 1953, se titulaba "El orden social y la interacción", y lo que podríamos considerar su testamento sociológico, es decir el discurso de 1982, proponía un contenido semejante: "El orden de la interacción".

En ese último escrito señala que la microinteracción es un área sustantiva de estudio por derecho propio. Traza claramente las diferencias entre quienes consideran al orden de interacción como producto de un consenso normativo y aquellos que creen que es un contrato social sobre la integración micro-macro; postuló un vínculo-no exclusivo, "un acoplamiento laxo" entre las prácticas interaccionales y las estructuras sociales.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, Jeffrey (1997), *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*, Gedisa, Barcelona.
- Collins, Randall (1996), *Cuatro tradiciones sociológicas*, UAM-Iztapalapa, México.
- Giddens, Anthony (1995), *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Goffman, Erving (1970), *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Amorrortu, Buenos Aires.
- (1970a), *Ritual de la interacción*, Tiempo Contemporáneo, Argentina.
- (1974), *Frame Analysis: An Essay on the Organization of Experience*, Harper and Row, Nueva York.
- (1979), *Relaciones en público. Microestudios del orden público*, Alianza, Madrid.
- (1981), *Forms of Talk*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia.
- (1981a), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu, Buenos Aires.
- (1991), "El orden de la interacción", en *Los momentos y sus hombres*, textos seleccionados por Yves Winkin, Paidós, Barcelona.
- (1993), *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Joseph, Issac (1998), *Erving Goffman y la microsociología*, Gedisa, Barcelona.
- Warner, Lloyd; Meeker, Marchia y Smith, Kenneth (1982), "La estratificación social en los Estados Unidos", en Claudio Stern (comp.) (1982), *La desigualdad social*, SEP/Setentas, México.
- Winkin, Yves (1991), *Los momentos y sus hombres*, Paidós, Barcelona.
- Wolf, Mauro (1994), *Sociologías de la vida cotidiana*, Colección Teorema, Cátedra, Madrid.